

QH45
T74
v. 2



LIBRERIA NACIONAL



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA. — ZOOLOGIA.
En este orden damos de tratar el caballo, el Asno,
una distancia considerable, como se verifica en los Ele-
fantes, las ballenas, que son unas veces comunes y
el caballo y el Asno, como lo pudiese ser en el
orden de los animales, se comienza de una
manera muy distinta en los animales de la
naturaleza. Las ballenas de los mares, como el
Asno, que es un solo tipo, y el caballo, que
es en ellas una especie que en los animales, como
de las especies, como los Caballos, Asnos, etc.
Los principales en estado de domesticidad.

LOS TRES REINOS DE LA NATURALEZA.

MUSEO PINTORESCO

DE HISTORIA NATURAL.

VERTEBRADOS.--MAMIFEROS.

(CONTINUACION).

ORDEN SEPTIMO.

PAQUIDERMOS.



Los animales Paquidermos (*Pachydermi*), llama-
dos así de dos palabras griegas, *πάχος*, piel y *τέρις*,
grosso, constituyen un grupo colocado por Cuvier en
el séptimo lugar en su tratado del Reino animal, en
el cual describe los Elefantes, Hipopótamos, Rinoce-
rontes, Tapires, Cerdos y Caballos. Este orden forma
en totalidad el que Linneo caracterizaba con el nombre
de *Belluae*, á escepcion de los Caballos que este célebre
naturalista incluyó entre ellos, y que en la actualidad
ocupan distinto lugar; y los Damanes que se han com-
prendido despues en él, corresponden tambien á los
Multungula y *Solidungula* de Illiger.

Segun Cuvier, pueden definirse en general los Pa-
quidermos, diciendo que son animales de casco, cuyos
piés les sirven solamente de apoyo; que carecen de
clavícula; tienen siempre los antebrazos en proporcion;
su alimento es vegetal; sus formas, por último, son
pesadas, y su piel muy gruesa, como el nombre desde
luego lo indica.

Estos animales se subdividen en tres grandes fa-
milias.

- 1.ª Proboscídeos, Proboscídeos ó Paquidermos con trompa y defensas.
- 2.ª Paquidermos ordinarios.
- 3.ª Paquidermos solípedos.

Entre los Paquidermos se hallan los mayores ani-
males terrestres que se conocen, tales como el Ele-
fante, Hipopótamo, Tapir y otros varios, cuyas par-
ticularidades son muy notables. Todos tienen formas
pesadas, cabeza gruesa, cuerpo rechoncho, poco
elevado sobre las piernas; piel pocas veces desnuda
y como hendida, cubierta de pelos gruesos y casi
siempre tan gruesa, que no deja traslucir ninguna
forma muscular. Tienen los piés cubiertos hasta la
raíz de las uñas por la piel, y exteriormente solo se
notan estos apéndices córneos. Solamente el Caballo
se exceptúa de estos caracteres: sus formas son es-

beltas, graciosas y bien proporcionadas; su instinto
mas desarrollado que el de todos los demás Paqui-
dermos; particularidades todas que han hecho se
haya intentado alguna vez colocarle en un orden es-
pecial.

Aunque puede decirse que hay Paquidermos en
casi todos los paises conocidos, habitan, sin embargo,
con preferencia la zona intertropical, y prefieren
en general los sitios pantanosos en donde pueden
revolearse, espuestos al fuerte calor del sol. Algunos
no se separan jamás de la orilla de los rios, y los Hi-
popótamos, por ejemplo, están siempre metidos en
el agua. Tambien el Caballo se diferencia en esto
de los demás; y aunque es originario de los climas
calientes y secos, no se mete en el agua sino raras
veces.

Estos animales, esceptuando tambien el Caballo y
el Elefante, son muy poco notables en cuanto á inte-
ligencia; tienen feroces instintos, y aunque solo se
alimentan de vegetales, atropellan y destrozan á cuan-
tos seres les inquietan. Algunos de ellos, tales como el
Cerdo, no desdennan alimentos animales.

Como todos los animales herbívoros, tienen los Pa-
quidermos los dientes molares esencialmente dispues-
tos para triturar los alimentos vegetales: su corona es
plana siempre, aunque de diversa forma, presentando
figuras mas ó menos circulares, romboideas, semilu-
nares, y algunas otras mas difiles de describir. Gene-
ralmente no tienen estos dientes raíces propiamente
tales, sino que salen del borde del alvéolo en direccion
perpendicular, segun se verifica en los demás animales,
ó mas bien se desarrollan en el fondo de las mandíbulas
saliendo oblicuamente hácia adelante, hasta que por
el roce se desgastan enteramente. Este modo de crecer
es peculiar especialmente de los dientes, que se com-
ponen de láminas distintas que son otros tantos dien-
tes menores, pero pegados unos á otros por medio de

una sustancia cementosa, como se verifica en los Elefantes. Las defensas, que son unas veces caninos y otras incisivos segun los géneros, se componen de una sustancia muy dura y densa llamada *marfil*, cuya estructura difiere tambien en los distintos animales.

Las hembras de los mayores Paquidermos no dan á luz de una vez mas que un solo hijo, y la gestacion es en ellas mas larga que en los demás Mamíferos; las de las especies medianas, como los Cerdos, paren varios, principalmente en estado de domesticidad.

En este orden hemos de tratar del Caballo, el Asno, el Elefante y el Cerdo, cuatro Paquidermos utilísimos al Hombre, pues ya le sirven para sujetar y domar á otros animales, ya ayudándole en los trabajos de la agricultura, ya acompañándole y combatiendo con él en la guerra; y ya por fin, proporcionándole sabroso alimento ú objetos de útil aplicacion en las artes industriales.

A continuacion ponemos el cuadro sinóptico que manifiesta su mas natural clasificacion.

CUADRO SINÓPTICO DE LOS PAQUIDERMOS.

ORDEN.	FAMILIAS.	GÉNEROS.	ESPECIES TÍPICAS.
PAQUIDERMOS.	PROBOSCIDEOS.	ELEFANTES.	Elefante de la India.
	ORDINARIOS.	TAPIRES.	Tapir.
		RINOCERONTES.	Rinoceronte de las Indias.
		DAMANES.	Daman del Cabo.
		PECARIS.	Pecari.
		BABIRUSAS.	Babirusa.
		CERDOS.	Jabali.
		FACOCORES.	Engalo.
	SOLIPEDOS.	CABALLOS.	Caballo.

FAMILIA DE PAQUIDERMOS PROBOSCIDEOS.

TIENEN cinco dedos completos en el esqueleto, pero cubiertos y engastados de tal modo en la piel callosa que rodea el pié, que no se distinguen exteriormente sino por las uñas que aparecen unidas á esta especie de casco. No tienen caninos ni incisivos propiamente dichos; pero en los huesos incisivos se implantan lo que se llama las defensas, que tienen á veces grandes dimensiones. La magnitud de los alvéolos que tales defensas necesitan, hace que sea tan alta la mandíbula superior y tan cortos los huesos propios de la nariz, que las aberturas nasales se hallan en el esqueleto directamente hácia arriba: en el animal vivo se prolongan en forma de una trompa cilíndrica compuesta principalmente de millares de muscúlos entrelazados en todos sentidos, que goza de suma movilidad y terminada inferiormente por un apéndice en forma de dedo, que les sirve para coger hasta los mas pequeños objetos. Las paredes del cráneo contienen grandes espacios vacíos, por lo cual la cabeza es mas ligera. En esta familia solo existe el género *Elefante*, que vive en la actualidad; y el *Mastodonte*, que se halla solamente en estado fósil.

GÉNERO ELEFANTE.

Elephas (Lin.)

Es fácil conocerlos en su cuerpo gigantesco, en la gran prolongacion de la nariz en forma de trompa, en sus colmillos largos y cortos insertos en la mandíbula

inferior; tienen seis ó diez dientes, á saber; dos defensas ó colmillos, falta de caninos, y dos ó cuatro muelas en cada mandíbula, segun la edad en que se les examina.

ELEFANTE DE LA INDIA.

Elephas maximus (Lin.); *Elephas indicus* (J. Cuv.); *Elefante* (Buff.)

El Elefante es, esceptuando al Hombre, el ser mas notable de este mundo, pues escede á todos los animales terrestres vivos en magnitud, y se aproxima al Hombre por la inteligencia, á lo menos todo cuanto puede la materia aproximarse al espíritu. El Elefante, el Perro, el Castor y el Mono son, entre todos los seres animados, los mas admirados por su instinto; pero este instinto, que no es otra cosa que el producto de todas las facultades, así interiores como exteriores del animal, se manifiesta en cada una de estas especies por resultados muy diferentes. El Perro, por su naturaleza y en plena libertad, es tan cruel y sanguinario como el Lobo: solamente se ha hallado en esta naturaleza feroz un punto flexible, del cual nos hemos aprovechado: la índole, pues, del Perro no difiere de la de los otros animales de presa, sino en este punto sensible, que le hace capaz de aficion y de adhesión. La naturaleza es la que le ha dado el germen de este afecto, el cual despues ha sido cultivado, alimentado y desarrollado por el Hombre, mediante una antigua y constante sociedad con este animal, que solo era digno de ella, y que siendo mas capaz que ningun otro de

impresiones estrañas, ha perfeccionado con el trato todas sus facultades relativas: su sensibilidad, su docilidad, su valor, su talento, todo, hasta sus modales, se modifica por el ejemplo, y se modela por las cualidades de su señor. Así, pues, no se le debe atribuir como propio todo lo que parece que tiene, puesto que sus cualidades mas elevadas y mas asombrosas son tomadas de nosotros, y que si ha adquirido mas que los otros animales, consiste en su mayor proporcion para adquirir, y en que lejos de tener como ellos aversion al Hombre, le tiene inclinacion. Este dulce afecto, que nunca es mudo, se ha manifestado en él por el deseo de agradar, y ha producido la docilidad, la fidelidad, la sumision constante, y al mismo tiempo aquel grado de atencion necesario para obrar en consecuencia, y obedecer siempre á propósito.

El Mono, al contrario, es tan indócil como estravagante: su índole es en todo igualmente revésada: no hay en él ninguna sensibilidad relativa, ningun agradecimiento al buen trato, ninguna memoria de los beneficios: tiene aversion á la sociedad del Hombre, horror á la sujecion, inclinacion á toda especie de mal, ó por mejor decir, una fuerte propension á hacer todo lo que puede dañar ó desagradar. Pero estos defectos reales se ven compensados con perfecciones aparentes: está conformado exteriormente como el Hombre: tiene brazos, manos y dedos: el uso solo de estas partes le hace superior en destreza á los otros animales; y las relaciones que estas le dan con nosotros por la semejanza de los movimientos y por la conformidad de las acciones, nos agradan, nos engañan, y nos hacen atribuir á cualidades internas lo que solamente depende de la forma de los miembros.

El Castor que parece muy inferior al Perro y al Mono en las facultades individuales, ha recibido sin embargo de la naturaleza un don casi equivalente al de la palabra: se hace entender de los de su especie, y de tal modo, que se unen en sociedad, obran de acuerdo, emprenden y ejecutan trabajos grandes y largos en comun, y este amor social, como tambien el producto de su inteligencia reciproca, tienen mas derecho á nuestra admiracion que la destreza y maña del Mono, y la fidelidad del Perro.

El Perro, pues, no tiene mas que un ingenio (permítaseme profanar este nombre á falta de términos): el Perro, digo, no tiene mas que un ingenio de prestado: el Mono no tiene mas que su apariencia; y el Castor no tiene mas instinto que para sí solo, y para los suyos. El Elefante es superior á todos tres, y reúne en sí las cualidades mas eminentes que hay en ellos. La mano es el principal órgano de la destreza del Mono: el Elefante, por medio de su trompa, que le sirve de brazo y de mano, y con la cual puede levantar y asir las cosas mas pequeñas, y tambien las mas grandes, llevarlas á su boca, ponerlas sobre su espalda, tenerlas asidas, ó arrojarlas lejos; tiene la misma destreza que el Mono, y al mismo tiempo la docilidad del Perro, siendo capaz como él, de reconocimiento, y de una fuerte aficion: se acostumbra fácilmente al Hombre, se somete no tanto por la fuerza como por los buenos tratamientos, le sirve con celo, con fidelidad, con inteligencia, etc. En fin el Elefante como el Castor gusta de la sociedad de sus semejantes, y se hace entender de ellos: se les ve frecuentemente juntarse, separarse, obrar de concierto, y sino edifican nada ni trabajan en comun, quizá es por falta de bastante espacio y de tranquilidad, pues los Hombres se han multiplicado desde tiempos muy remotos en todos los paises en que habita el Elefante, por lo cual este vive sin tranquilidad, y en ninguna parte es pacífico poseedor de un espacio bastante grande y libre para establecer su domicilio. Hemos visto que son precisas todas estas condiciones y ventajas para que el talento del Castor se manifieste, y que donde quiera que los hombres se han establecido, pierde su industria y cesa de edi-

ficar. Cada ser en la naturaleza tiene su precio real y su valor relativo: si se quiere juzgar justamente del uno y del otro en el Elefante, conviene concederle, por lo menos, la inteligencia del Castor, la maña del Mono, el sentido del Perro, y añadir despues las ventajas particulares, únicas, de la fuerza, de la duracion, de la magnitud, y de lo largo de su vida, sin olvidar sus colmillos, con los cuales puede atravesar y vencer al Leon. Conviene advertir que con sus pasos hace estremecer la tierra: que con su mano arranca los árboles: que con un golpe de su cuerpo hace brecha en un muro: que, terrible por su fuerza, es además invencible por la sola resistencia de su mole, y por lo grueso de la piel que la cubre: que puede llevar sobre su espalda una torre armada en guerra, y cargada de muchos hombres: que él solo hace mover máquinas y transporta pesos que seis Caballos no podrian mover: que á esta fuerza prodigiosa junta el valor, la prudencia, la serenidad, y la obediencia exacta: que es moderado aun en sus pasiones mas vivas, y mas constante que impetuoso en el amor: que en medio de la cólera no desconoce á sus amigos, no acometiendo nunca sino á los que le han ofendido: que conserva una larga memoria, así de los beneficios como de los agravios; que como no gusta de carne, y solamente se alimenta de vegetales, no es enemigo nato de los demás animales; y que en fin, es amado de todos, pues todos le respetan, y ninguno tiene motivo de temerle.

Los hombres tambien han tenido en todos tiempos una especie de veneracion á este primer animal. Los antiguos le miraban como un prodigio y como un milagro de la naturaleza (y en realidad es el mayor esfuerzo de esta): exageraron mucho sus facultades animales, y le atribuyeron sin ningun reparo cualidades intelectuales y virtudes morales. Plinio, Eliano, Solino, Plutarco y otros autores mas modernos, no tuvieron reparo en dar á estos animales costumbres racionales, una religion natural é innata, la observancia de un culto, la adoracion cotidiana del sol y de la luna, el uso de bañarse antes de la adoracion, el espíritu de adivinacion y la piedad hácia el cielo, y con sus semejantes, á quienes asisten en la muerte, y despues de su fallecimiento los riegan con lágrimas y cubren con tierra, etc. Los indios preocupados de la idea de la metempsicosis, están todavía persuadidos de que un cuerpo tan magestuoso como el del Elefante no puede ser animado sino por el alma de un hombre grande ó de un rey. Los Elefantes blancos son respetados en Siam, en Laos y en Pegú, como los manes vivos de los emperadores de la India; cada uno de ellos tiene un palacio, una casa compuesta de muchos criados, vajilla de oro, manjares exquisitos, vestidos magníficos, y están dispensados de todo trabajo y sujecion: el emperador reinante es el único ante quien doblan las rodillas, y el monarca les devuelve este saludo: sin embargo, las atenciones, los respetos, las ofrendas les lisonjean sin romperlos, y esto solo debia hacer conocer á los indios que los Elefantes no tienen alma humana.

Pero dejando á un lado las fábulas de la crédula antigüedad, y despreciando tambien las ficciones pueriles de la superstición siempre subsistente, todavía le queda al Elefante, aun á los ojos de un filósofo, lo bastante para que se le mire como un ser de primera distincion. Este animal es digno de ser conocido y observado; y así procuraremos escribir su historia sin parcialidad; esto es, sin admiracion ni desprecio. Le consideraremos primeramente en su estado de naturaleza, cuando está independiente y libre, y despues en su condicion de esclavitud ó de domesticidad, en que la voluntad de su señor es en parte el móvil de la suya.

El Elefante, en el estado salvaje, no es sanguinario, ni feroz, sino de índole suave, y así nunca abusa de sus armas ni de su fuerza, y solo las emplea en de-

fenderse á sí mismo, ó en proteger á sus semejantes: tiene las costumbres sociales, y raras veces se le ve errante ó solitario: anda ordinariamente en tropas; el mas anciano sirve de guia, y el segundo en edad cierra la marcha y hace andar á los demás: los jóvenes y los débiles van en medio de los otros: las madres llevan á sus hijuelos abrazados con sus trompas; pero este orden solamente le guardan en las marchas peligrosas, cuando van á pacer en tierras cultivadas, pues en las selvas y soledades se pasean ó viajan con menos precauciones, aunque sin separarse absolutamente ni apartarse tanto que estén á distancia de no poderse socorrer ni darse avisos: sin embargo, hay algunos que se estravian ó que siguen la tropa á lo lejos, y estos son los únicos á quienes los cazadores se atreven á acometer, porque para atacar la manada entera seria necesario un pequeño ejército, y no se lograria vencerla sino con pérdida de mucha gente. Seria tambien peligroso hacerles la menor injuria, porque se encaminan derechamente al ofensor, y aunque es muy pesada la mole de su cuerpo, tienen el paso tan largo, que alcanzan fácilmente al hombre mas veloz en la carrera, le traspasan con sus colmillos ó le asen con la trompa, le arrojan como una piedra, y acaban de matarle á patadas; pero no se encarnizan así contra los hombres, sino cuando son provocados, pues no hacen ningun daño á los que no los hostigan; sin embargo, como están dotados de buena memoria y delicados en materia de injurias, es conveniente evitar su encuentro, y los viajeros que frecuentan sus paisajes encienden grandes hogueras por la noche, y tocan tambores para impedirles que se acerquen. Se asegura que cuando una vez han sido acometidos por los hombres ó han caído en alguna celada, nunca lo olvidan, y procuran vengarse en toda ocasion; y teniendo un excelente olfato y quizá mas perfecto que ningun otro animal, á causa de la grande extension de su nariz, sienten el olor del Hombre á muy larga distancia, y pueden seguirle fácilmente por el rastro. Los antiguos escribieron que los Elefantes arrancan la yerba de los parajes por donde el cazador ha pasado, y se la dan unos á otros de mano en mano para que todos estén avisados del pasaje y de la marcha del enemigo. Estos animales gustan de las márgenes de los rios, de los valles hondos, de los lugares sombríos, y de los terrenos húmedos: no pueden pasar sin agua, y la enturbian antes de beberla: llenan de ella la trompa muchas veces, ya para llevarla á la boca, y ya solamente para refrescarse la nariz, y divertirse en arrojarla en chorro, ó en esparcirla alrededor: no pueden tolerar el frio, y les incomoda tambien el exceso del calor, pues por evitar el demasiado ardor del sol, se emboscan cuanto pueden en lo profundo de las selvas mas sombrías, y se meten tambien con bastante frecuencia en el agua: el volumen enorme de sus cuerpos, lejos de dañarles, les ayuda para nadar: se hunden menos en el agua que los otros animales, y por otra parte la longitud de su trompa que levantan en alto, y por la cual respiran, les quita todo temor de ahogarse.

Sus alimentos ordinarios son raíces, yerbas, hojas y ramas tiernas: tambien comen frutas y semillas; pero rehusan la carne y el pescado; cuando alguno de ellos encuentra un paraje de pasto abundante, llama á los otros, y los convida á venir á pacer con él. Como necesitan gran cantidad de forraje, mudan frecuentemente de puesto; y cuando llegan á tierras sembradas hacen gran estrago, porque siendo tan enorme el peso de sus cuerpos, estropean y destruyen con sus piés diez veces mas plantas de las que emplean en su alimento, el cual ascenderá á 300 libras de yerba al dia; y como siempre van en crecido número, asolan un campo en una hora. Por esto los indios y los negros se valen de todos los medios posibles para evitar sus visitas, y apartarlos de sus campos, haciendo grandes ruidos y hogueras al rededor de sus tierras cultivadas;

pero muchas veces, á pesar de estas precauciones, los Elefantes vienen á apoderarse de ellas, arrojan de allí el ganado doméstico, ahuyentan á los hombres, y á veces derriban y destruyen sus frágiles habitaciones. Es difícil espantarlos, pues no son capaces de temor: lo único que los sorprende, y puede detenerlos son los fuegos artificiales y los petardos que les disparan, cuyo efecto repentino y renovado prontamente, los asusta y á veces los hace retroceder. Raras veces se logra separarlos unos de otros, porque ordinariamente toman todos juntos el mismo partido de acometer, de permanecer indiferentes ó de huir.

Cuando las hembras entran en celo, la grande inclinacion que tiene el Elefante á la sociedad, cede á otro apetito mas vivo; la tropa se separa por parejas, que el deseo ha formado anteriormente: se juntan por eleccion, se ocultan, y en su marcha parece que les precede el amor, y les sigue el pudor, pues el retiro y el secreto son inseparables de sus placeres. Nunca se les ha visto tomarse, y temen sobre todo ser vistos de sus semejantes. Buscan los bosques mas espesos, y se internan en las soledades mas profundas para entregarse sin testigos, sin sobresalto y sin reserva á todos los impulsos de la Naturaleza, los cuales son tanto mas vivos y durables, cuanto mas raros y mas largo tiempo esperados. La hembra está preñada dos años, durante los cuales el macho se abstiene de ella, y solo al cabo de tres años renace la estación de los amores. No paren mas que un hijo, el cual cuando nace tiene dientes, y es ya mas grueso que un Jabali, sin embargo, aun no se le descubren los colmillos, los cuales empiezan á apuntar poco tiempo despues, y á la edad de seis meses tienen ya algunas pulgadas de largo. El Elefante á los seis meses es ya mas grueso que un Buey, y los colmillos le continúan creciendo hasta la edad avanzada, con tal que el animal esté sano y en libertad; porque no se puede imaginar hasta qué punto la esclavitud y los alimentos preparados deterioran el temperamento, y mudan las propiedades naturales de este animal. Se consigue domarle, sujetarle, é instruirle, y como es mas robusto y mas inteligente que ningun otro animal, sirve con mas acierto, y mas poderosa y utilmente; pero es probable que en su interior conserva el disgusto de su situacion, pues aunque á veces resiente los mas vivos ardores del amor, no produce, ni se junta en el estado de domesticidad: su pasión reprimida degenera en furor; y no pudiendo satisfacerla sin testigos, se indigna, se irrita, se vuelve insensato y furioso, y se necesitan cadenas muy fuertes y trabas de todas especies para detener sus movimientos y reprimir su cólera: por consiguiente se diferencia de todos los animales domésticos que el Hombre trata ó maneja como seres que no tienen propia voluntad: no es del número de aquellos esclavos natos, que propagamos, mutilamos, ó multiplicamos por nuestra utilidad: aquí solo el individuo es esclavo: la especie permanece independiente, y rehusa constantemente aumentarse en beneficio del que la tiraniza. Esto solo supone en el Elefante sentimientos superiores á la naturaleza comun de las bestias: sentir los ardores mas vivos, y rehusar al mismo tiempo satisfacerlos: enfuercerse de amor y conservar el pudor, es quizá el último esfuerzo de las virtudes puramente humanas, y en este animal no son mas que actos ordinarios á que nunca ha faltado: la indignación de no poder juntarse sin testigos, mas fuerte que la pasión misma, suspende y destruye los efectos de esta, pero al mismo tiempo excita la cólera, y hace que en estos movimientos sea mas peligroso que ningun otro animal indómito.

Quisieramos, si fuese posible, poner en duda este hecho, pero los naturalistas, los historiadores y los viajeros aseguran todos unánimemente que los Elefantes nunca han producido en el estado de domesticidad. Los reyes de la India mantienen gran número de ellos, y despues de haber intentado inutilmente multiplicar-

los como á los demás animales domésticos, han tomado el partido de separar los machos de las hembras, á fin de hacer menos frecuentes los accesos de un calor estéril, acompañado de furor; de suerte que no hay ningun Elefante doméstico que no haya sido antes salvaje. El modo de cogerlos, domarlos y sujetarlos, merece particular atención. En medio de las selvas, y en lugar cercano al que hoy frecuentan, se escoge un espacio que se rodea con una fuerte estacada, sirviendo de estacas principales los árboles mas gruesos, contra los cuales se aseguran los travesaños de madera, que sostienen las demás estacas. Esta estacada está hecha de suerte que un hombre puede pasar fácilmente por los claros, dejando tambien en ella una grande abertura, por la cual el Elefante puede entrar, y está valla está superada de una trampa, ó recibe una compuerta que cierra detrás de él. Para atraerle hasta este recinto, es preciso ir á buscarle, llevando una hembra en calor y mansa, y cuando se cree que está á distancia de ser oída, su conductor la obliga á dar el grito de amor: el macho salvaje responde al instante, y camina á encontrarla: se obliga tambien á caminar á la hembra, haciéndola repetir de cuando en cuando el reclamo: llega la primera al cereado, á donde el macho, que la sigue por el rastro, entra por la misma puerta. Luego que se ve encerrado, se le desvanece el ardor, y cuando vé á los cazadores se enfurece; le hechan guindaletas para detenerle: le ponen trabas en los piés y á la trompa: traen dos ó tres Elefantes domesticados, y conducidos por hombres diestros: procuran atarlos con el Elefante salvaje: en fin, logran por fuerza, por tormentos y por caricias domarlos en pocos dias. La caza de los Elefantes es diferente segun los diferentes paisajes y segun el poder y las facultades de los que les hacen la guerra, porque en vez de construir como los reyes de Siam, murallas, terrados, ó hacer empalizadas, parques ó vastos recintos, los pobres negros se contentan con las trampas mas simples abriendo hoyas bastante profundas en los lugares por donde pasan los Elefantes, para que no puedan salir cuando han caído.

El Elefante, una vez domado se hace el mas manso y obediente de todos los animales: se aficiona al que le cuida, le acaricia, y parece que adivina todo lo que puede agradarle: en poco tiempo llega á comprender los signos; y aun entender la espresion de los sonidos; y distingue el tono imperativo, el de la cólera, ó de la satisfaccion, y obra en consecuencia. No se engaña en lo que quiere decir su amo: recibe sus órdenes con atencion: las ejecuta con prudencia, con esmero y sin precipitacion, porque sus movimientos son siempre mesurados, y su carácter parece que participa de la gravedad de su mole: aprende fácilmente á doblar las rodillas para facilitar que le monten: acaricia á sus amigos con la trompa: saluda con ella á las personas que le indican: se sirve de la misma para levantar fardos; y se ayuda á sí mismo para cargarse: se deja vestir, y parece que se complace en verse cubierto de jaecces dorados y ropas brillantes: se le unge y ata con tirantes á los carros, carretas, navios y cabrestantes; tira con igualdad, seguidamente y sin desalentarse, con tal que no le insulten con golpes fuera de sazón, y que se le den muestras de agradecer la buena voluntad con que emplea sus fuerzas: su conductor va ordinariamente montado sobre su cuello y se sirve de una vara de hierro que remata en garfio, ó armada de una punta aguda, con la cual le pica en la cabeza al lado de las orejas, para advertirle, desviarle, ó hacerle apresurar el paso; pero regularmente bastan las palabras, sobre todo si ha tenido tiempo para conocer perfectamente á su conductor, y para tener en él entera confianza: su inclinacion llega á veces á ser tan fuerte y durable, y su aficion tan profunda que ordinariamente rehusa obedecer á ningun

otro, y se le ha visto á veces morir de sentimiento por haber muerto á su conductor en un ímpetu de cólera.

La especie del Elefante no deja de ser numerosa, aunque no produce mas que una vez, y un solo hijo cada dos ó tres años. Quanto mas corta es la vida de los animales, tanto mas numerosa es su produccion. En el Elefante, la duracion de la vida compensa el corto número; y si es cierto, como aseguran, que vive dos siglos y que engendra hasta la edad de 120 años, cada par produce cuarenta hijos en este espacio de tiempo. Además, no teniendo nada que temer de parte de los otros animales, y no cogiéndolos los hombres sin mucho trabajo, la especie se sostiene y se halla generalmente esparcida en todos los paisajes meridionales de Africa y Asia; y así se encuentran muchos en Ceylan, en el Mogol, en Bengala, en Siam, en Pegú y en todas las demás partes de la India: los hay tambien, y quizá en mayor número, en todas las provincias del Africa meridional, á escepcion de algunos distritos que han abandonado, porque los hombres los han ocupado enteramente: son fieles á su patria y amantes de su clima, pues aunque pueden vivir en las regiones templadas, parece que nunca han intentado establecerse en ellas ni aun viajar, por lo cual antiguamente eran desconocidos en nuestros climas. Se cree que Homero, que habla del marfil, no conoció al animal que le produce, y que Alejandro fue el primero que mostró el Elefante á la Europa. Aquel príncipe hizo pasar á Grecia los que habia ganado á Poro, y quizá fueron estos los mismos que Pirro, muchos años despues, empleó contra los romanos en la guerra de Tarento, y con los cuales Curio triunfó en Roma. Despues Anibal los llevó de Africa, les hizo pasar el Mediterráneo y los Alpes, y los condujo, para decirlo así, hasta las puertas de Roma.

Desde tiempo inmemorial los indios se han servido del Elefante en la guerra. Entre aquellas naciones mal disciplinadas era esta la mejor tropa del ejército, y tanto, que mientras se peleó con solo el hierro, era la que ordinariamente decidia la suerte de las batallas: sin embargo, se ve por la historia, que los griegos y los romanos se acostumbraron en breve á estos monstruos de guerra, que abrian las filas para dejarlos pasar: que no tiraban á herirlos, sino que disparaban sus dardos contra los conductores, los cuales se daban prisa á rendirse, y á sosegar los Elefantes, cuando estaban separados del resto de sus tropas; y al presente que el fuego se ha hecho el elemento de la guerra, y el principal instrumento de la muerte, los Elefantes, que temen su ruido y llama, serian mas peligrosos, y causarían mas embarazo que utilidad en nuestros combates. Los reyes de la India hacen aun armar Elefantes de guerra, pero esto mas bien es por ostentacion que para el efecto, y sin embargo sacan de estos animales la utilidad de esclavizar con ellos á sus semejantes, pues sirven para domar á los Elefantes salvajes. El mas poderoso de los monarcas de la India no tiene en el dia 200 Elefantes de guerra; pero tienen otros muchos para su servicio, y para llevar las grandes jaulas de celosía en que hacen viajar á sus mujeres. El Elefante es una cabalgadura muy segura, porque nunca tropieza, pero no es de paso cómodo, y se necesita tiempo para acostumbrarse á su movimiento violento, y al balanceo continuo que ocasiona. El mejor puesto es sobre el cuello, donde el traqueo es menos fuerte que en las espaldas, lomo ó grupa; pero cuando se trata de alguna expedicion de caza ó de guerra, montan en cada Elefante muchos hombres. El conductor monta á horcajadas sobre el cuello, y los cazadores ó los soldados van sentados ó en pié sobre las demás partes del cuerpo.

En los dichosos paisajes, donde nuestros cañones y nuestras artes homicidas no se conocen sino imperfectamente, combaten todavia con Elefantes: en Cochín, y en lo restante del Malabar no se sirven de